

Viaje a un palmar enano en Rivera

Ricardo Carrere, julio 2006

La mayoría de los uruguayos conocen a la palma butiá. Quienes no han tenido el placer de recorrer la zona de los palmares de Rocha, igualmente la han podido ver en jardines o plazas de las ciudades. Sin embargo, son pocos quienes conocen la existencia de una palmerita butiá enana llamada “Yatay poñí” (*Butia paraguayensis*) y menos aún quienes la hayan visto alguna vez.



La excepción la constituyen los riverenses, dado que esta palmera se encuentra exclusivamente en ese departamento. Delfino (1992) informa que si bien también crece en Argentina, Brasil y Paraguay, en el caso de Uruguay se desarrolla solo en el Norte, “particularmente en el departamento de Rivera, sobre afloramientos de areniscas de Tacuarembó y en sitios como los Cerros de los Chivos, cuchilla de Cuñapirú y cerro Miriñaque”. De acuerdo con el Jardín Botánico de Montevideo, en Uruguay “el área de dispersión de esta especie se restringe a la zona centro-norte del Departamento de Rivera (cerros Miriñaque, Farrapos, etc.)”. (IMM s.f.). A su vez, Brussa (1998) informa que “En el Uruguay se localiza sólo en Rivera, principalmente en las cumbres de los cerros chatos y alrededores. Requiere el mismo tipo de suelos que la anterior [*Butia yatay*], con la que está muy emparentado botánicamente. Su altura máxima rara vez supera los dos metros”.

El fortín de las cabras

Uno de los sitios donde esta especie abunda más es el cerro Miriñaque, donde Delfino (1992) constató la presencia de más de 200 individuos en su cima. Hacia allí nos dirigimos entonces un soleado día de fines de abril del 2006, con el objetivo de poder finalmente conocer a esta especie.

Si bien los cerritos cercanos contaban con áreas de monte indígena bastante cerrado y que también lo había casi hasta el pie del Miriñaque, en éste sólo se observaban algunos pocos árboles creciendo entre las piedras de la ladera.

Al llegar al pie del Miriñaque, dirigimos la mirada hacia la cima, donde las rocas semejan las almenas de un fortín. Grande fue nuestra sorpresa al constatar que desde allí éramos observados por varias cabras salvajes, cual si fueran soldados defendiendo su fuerte. Sin embargo, desaparecieron totalmente en cuanto comenzamos el ascenso – guiados hasta la cima por sus senderos- y no las volvimos a ver más.



Las primeras palmeras

La subida la hicimos por la ladera noroeste del cerro y se notaba una gran diversidad de flora nativa, que variaba a medida que se ascendía, aunque casi siempre sin cubrir enteramente el suelo; éste era arenoso-pedregoso y de gran fragilidad ante nuestras pisadas. Se observaba además cierto grado de erosión en los caminos trazados por las cabras en sus idas y venidas por el cerro.



Poco antes de llegar a la cima nos encontramos con las primeras palmas y entre ellas la más grande de cuantas hallamos en toda la recorrida, con un tronco (que en el caso de las palmeras se denomina “estípite”) de casi 2 metros de altura y un diámetro de más de 30 cms. Dadas las características de esta palma, se trataba entonces de un ejemplar muy añoso, que ya habría llegado a su máximo desarrollo. El tronco mostraba algunos huecos, probablemente hechos por algún pájaro carpintero buscando alimento.



El parecido con la palma butiá de Rocha (*Butia capitata*) y con la palma yatay de Paysandú (*Butia yatay*) era notable, con hojas mucho más cortas pero de un similar color verde-grisáceo y con frutos también muy similares, tanto en aspecto como en tamaño, aroma y sabor.



El palmar de la cima

Al llegar a la cima la situación cambió totalmente, ya que ahora se podían observar palmas por todos lados y también cambios profundos en la vegetación acompañante, donde a nivel del suelo predominaba un pastizal bastante alto y tupido, que parecía no haber siquiera sentido los efectos de la sequía que en esos momentos afectaba a toda la zona.



Tampoco las palmas parecían haber sido afectadas por la falta de lluvia en un ambiente tan soleado y sometido a fuertes vientos como la cima de este cerrito, lo que confirma lo que dice la Palm Society (s.f.) en cuanto a que “es muy resistente a la sequía y no la afectan los vientos fuertes”.



El aspecto de las palmeras de la cima era un poco diferente al de la primera descrita más arriba, ya que eran todas más pequeñas, con un aspecto más “enmarañado” y en algunos casos con varias creciendo casi pegadas unas a las otras, haciendo difícil determinar si se trataba de palmas con varios troncos o de individuos diferentes. Quizá por ello en Uruguay también se la conoce como “palmerita rastrera” (Delfino 1992). A eso se añade que el Jardín Botánico de Montevideo (IMM s.f.) afirma que puede tener un tronco corto o ser “acaulescente”, es decir, que puede no tener un tronco bien definido (el término “acaule” es definido como “aparentemente desprovisto de tallo”).



Un fruto algo diferente

Los frutos de esta palmera, si bien muy parecidos en su aspecto general a los de las palmas butiá y yatay, se asemejan más a los de esta última, ya que terminan en punta, y su semilla es de forma ovalada (con dos puntas) similar al carozo de una aceituna.



De acuerdo con la Palm Society (s.f.), su fruto es “comestible y delicioso, pero su carozo no es comestible, aunque se lo usa como carnada para pescar en su Paraguay natal”.

Brussa (1998) señala que, “a diferencia de las anteriores [butiá y yatay], es muy difícil obtener frutos maduros de esta especie pese a su abundante floración, probablemente debido a que forman parte de la dieta de algunos animales, estando a una altura de fácil acceso”. En nuestra visita al cerro fuimos entonces evidentemente afortunados, ya que pudimos cosechar y saborear algunos frutos.

Vinculado a lo anterior, es interesante saber que en estudios realizados en Argentina (1997), se vinculó la desaparición del guacamayo azul (*Anodorhynchus glaucus*) al retroceso de esta palma. A su vez Waller (2004) destaca el peligro de desaparición de la lagartija de Azara (*Liolaemus azarai*), que “vive en relación con los palmares de yatay poñí”. Sería por lo tanto importante determinar si existen especies de nuestra fauna que dependan en todo o en parte de esta palmerita.

Palmas y víboras

En el palmar de la cima del Miriñaque se observó que los troncos de todas o casi todas las palmeras aparecían quemados, aunque sin que ello pareciera haberlas afectado mayormente. Si bien ello puede ser simplemente el resultado de la quema del pastizal para renovar la pastura, Delfino (1992) dice que “durante mucho tiempo era práctica común quemar a esta palmera, por la creencia de que allí anidaban víboras”.

Aquí hay entonces varios temas a investigar. Primeramente si es cierto que las víboras eligen estas palmas para anidar y en caso de que así lo fuera, de que especie de víbora se trata. En segundo lugar, determinar si el uso del fuego resulta en un impacto negativo o

positivo para la regeneración y conservación de estos palmares, ya que es muy probable que la quema del pastizal resulte en la muerte de las palmas más jóvenes y pequeñas, pero también es posible que elimine la competencia de las pasturas, favoreciendo así su desarrollo.



Una herencia a proteger

Quizá a muchos les pueda resultar extraño que definamos como “palmar” al conjunto de palmeras existente en este cerro. Sin embargo, lo cierto es que en este caso es la única especie arbórea presente y que allí se desarrollan numerosos ejemplares de la misma formando grupos relativamente cerrados alternando con la pastura. Se trata entonces de un palmar; enano, pero palmar al fin.

Más allá del caso excepcional del cerro Miriñaque, lo cierto es que esta palmera está en franco retroceso en nuestro país. Delfino (1992) dice que “lamentablemente esta especie queda hoy reducida a limitadas existencias en las cimas de los comúnmente denominados `cerros chatos`”.

Se requieren entonces medidas concretas y urgentes, primero para asegurar su conservación y luego para fomentar su reintroducción en su área de dispersión.

En ese contexto, la principal medida radica en la generación de conciencia acerca del carácter único de esta especie en nuestro país y en particular en Rivera. En ese sentido, quizá lo más importante sería que los riverenses asumieran la conservación de esta palmera como una cuestión de interés –y orgullo- departamental y que lograsen hacer a la yatay poñí tan conocida a nivel nacional como “los caminitos de tierra colorada” tan “propios de Rivera” popularizados por Los Olimareños. Esta palmita es parte de nuestra herencia ambiental y es hora de que los uruguayos todos reconozcamos la importancia de proteger a esta especie en peligro y que comencemos a hacer algo al respecto.

REFERENCIAS

Brussa, Carlos (1998).- El Uruguay y sus palmeras: una familia cimbreante. Suplemento Jardines de El País, noviembre

<http://www.mundomatero.com/Florayfauna/palmeras.html>

Delfino, Liliana (1992).- Palmeras y palmares del Uruguay. Los Recursos Naturales. Ciclo del Medio Ambiente. La Revista del Siglo XXI. Hemisferio Sur.

IMM, Museo y Jardín Botánico (s.f.).- Flora indígena. Curso de Conocimiento y Reconocimiento. IMM

Pittman, Toni (1997).- The Glaucous Macaw - Dead or alive? The continuing saga. Just Parrots 19, 1997/8

<http://www.bluemacaws.org/glau3.htm>

The Palm Society (s.f.).- Butia paraguayensis

http://www.fremontica.com/palms/pages/palm_detail.php?id=13

Waller, Tomás, ed. (2004).- Fauna del Iberá. Composición, estado de conservación y propuestas de manejo. Fundación Biodiversidad, Corrientes

http://www.ecosibera.org/informes/biodiversidad/Anexo_3.pdf